Enredadas

Perla Muñoz*

COMO UNA OLA DE PECES MUERTOS

Vivo en casa de mi madre. A ella le gustan las plantas y a mí también. Nos gusta mirarlas, olerlas. Si ellas tuvieran ojos..., por eso las miro. Un día sólo amanecen marchitas, muertas. Sigo mirándolas. El tiempo pasa. El tiempo. Nos calla con sus dedos negros. El sol arrastra sombras como el mar arrastra ahogados a la orilla. Mi madre es una sombra de mar.

El viento sabe nombrar al silencio. Cuando lo llama, los árboles comienzan a temblar. Durante la noche mi madre sale a recoger algodones, y yo la veo desde mi ventana. Al verla ahí, estirando sus esqueléticos brazos, siento el deseo de salir y temo no poder encontrarla, confundirla con el árbol de ramas secas y el algodón inservible. Pero no he dejado de mirarla. Dormimos juntas, con la imagen del hombre que abrió el mar y cruzó en él.

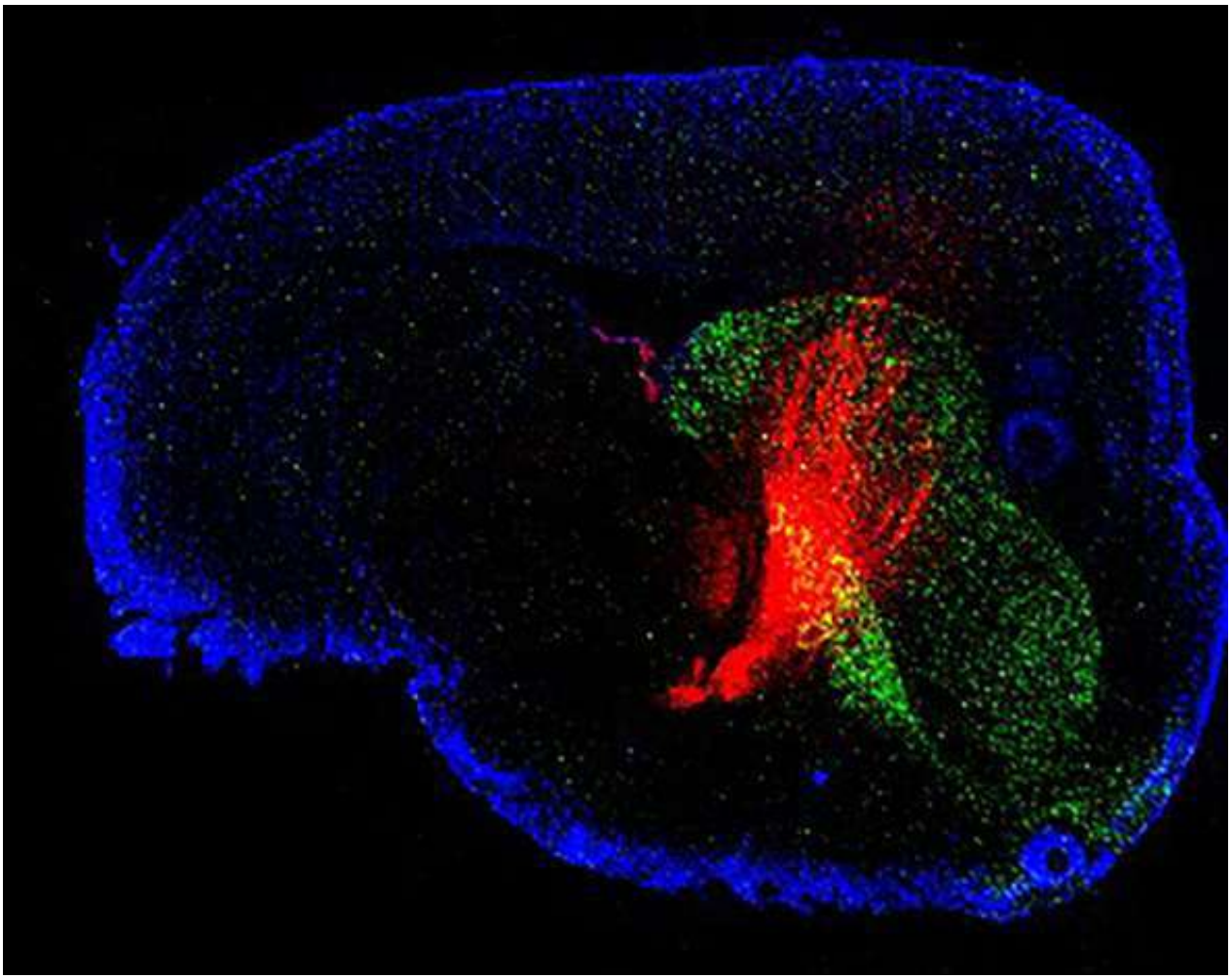
Ella pregunta. Yo le canto una canción. Acaricio su cabello y nos dejamos bañar por la brisa estelar. Puntitos blancos, como huellas de ciempiés, se ven a lo lejos. Flotan entre los árboles. Se alejan y regresan. La luna roja, dilatada, lanza cenizas. Mi madre a veces parece un helecho esponjado. Extiende sus piernas y se las descubre para mirarlas y tocarlas. Se unta aceite de tortuga sobre su panza y se talla con una piedra. Mi lengua pasa por su cuerpo. Dice que eso reforzará mis pulmones, que nunca enfermaré de nada. Vomito sobre sus senos. Ella sonríe. Besa mi frente y me manda a soñar.

* Perla Muñoz Cruz. Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad Autónoma Metropolitana. Es autora del libro de cuentos *Desquicios* (Avispero, 2017). Promotora cultural, tallerista y narradora oral que cree en el arte y en la literatura para transformar el mundo.

A veces tengo la impresión de que si la tristeza tuviera un color, sería como una luz intermitente. Un día mi padre me llevó a volar papalotes. Cuando flotaban en lo más alto del cielo, sus sombras olían mi cara. El aire, como una navaja, cortaba las nubes. Mi padre murió. Dicen que el calor lo enfermó. Le explotaron ámpulas en todo el cuerpo. Nunca quiso a nadie. Él nunca me quiso. Sólo se divertía metiéndome su mano. Aún recuerdo esa sonrisa, esos labios de mezcal. Los zanates picotearon su corazón, lo desgarraron. Su voz se apagó y sus ojos, dos órbitas quebradas, se cubrieron de noche. Lo enterramos debajo de esta tierra roja, de algodón inservible. Nunca hemos llorado su ausencia. Nunca lo hemos extrañado.

Mi madre tiene guardados los dedos de mi padre y los chupa por la noche. Creo que se los come lentamente. También se muerde sus propios dedos: el índice y el meñique. Nunca la he visto llorar. Arrancarse el dedo con los dientes debe ser muy doloroso. Yo gritaría, lloraría mucho.

Recojo las florecitas de flor de mayo que están en el suelo. Se las doy a mi mamá, pero ella las avienta y dice que no me acerque. Estoy junto a ella, la huelo. Mi madre tiene un aliento fétido. A veces creo que es una ola de peces muertos, de hombres ahogados. Su pestilencia crea un revoltijo en mi estómago y salgo a devolver sus besos. Miro hacia el cielo, y la luna, de pronto, cambia de forma. ¿Será el ojo tuerto de Dios? Mi madre se tumba en el suelo y chupa sus dedos, desmembrándolos lentamente.



EL REHILETE

Mi abuela salió de casa, la oí abrir la puerta y cerrar con llave. Se había puesto un gorro gris y su abrigo rojo de invierno. Afuera llueve y tiemblo de frío. Me envuelvo en las sábanas y pienso en mi madre. Mi abuela dice que pronto se recuperará y saldremos a jugar con sus rehiletes; los tiene de muchos colores, tamaños y formas. La estrella amarilla es nuestro favorito. Por ahora no puedo visitarla y ya empiezo a perder la paciencia.

Los rayos del sol extienden su búsqueda y nos encuentran. Me acerco a la ventana para mirar el cielo y descubro que mi abuela no se ha ido. Está junto al árbol de algodón, descalza y rezando. "¡Gisel!, ¡Gisel!", grita mi nombre con su voz ronca. "¡Gisel, sal por la ventana!". Yo no respondo. Me cubro totalmente con las sábanas blancas. Las llaves entran y dan un giro al picaporte. "¡Gisel! ¡Vayamos camino al pueblo! ¡Compraremos un nuevo rehilete! ¡Tú lo escogerás, el que quieras, el que más te guste!".

Nos vamos escondiendo entre las ramas de los árboles que llevan a San Juan. Algunas veces las nubes nos delatan y el sol resbala su lengua en nuestra cara. Su saliva amarilla apenas logra darnos calor. Todavía cae una pequeña llovizna: los campos abarrotados de borla son humedecidos por el llanto de un muerto. La abuela camina lento, pero firme. Cuando cruzamos el puente de piedra, me toma de la mano y sonríe. El color intenso de las flores nos pellizca la piel. Avanzamos, podemos ver el campanario de la iglesia. Han sembrado flores de cempasúchil, con las que limpiarán los ojos de los devotos para que así puedan ver a sus difuntos. Nos sentamos en una de las bancas que están frente a la puerta de la iglesia y esperamos a don José, el rehiletero. Mi abuela saca dinero de su gorro feo y me lo da. "¡Creo que hace falta uno blanco! ¡No tenemos ningún blanco, Gisel, ninguno!", dice la abuela, mientras yo corro a alcanzar a don José.

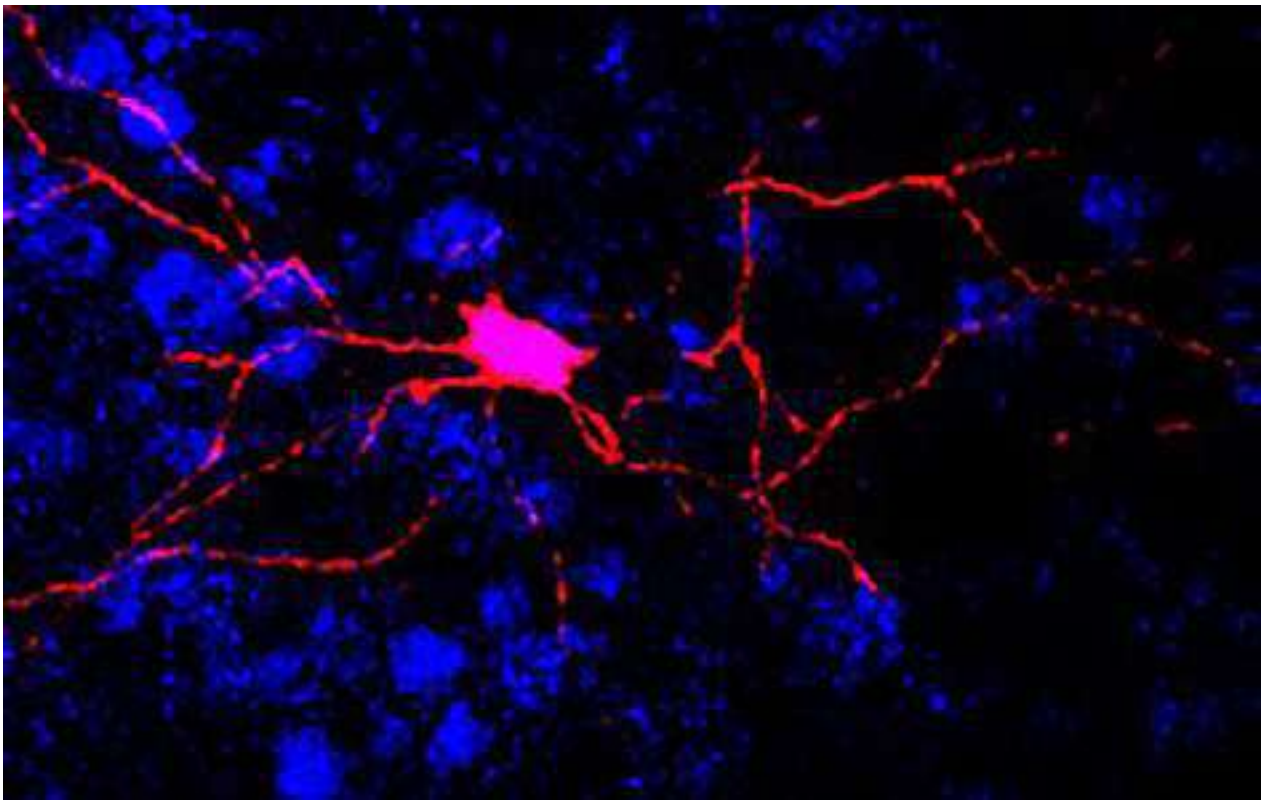
Antes de regresar a casa, pasamos al mercado a comprar pétalos de cempasúchil y atole de panela, mi favorito. Mi abu soplaba muchas veces y soltaba algunas carcajadas. Se puso roja de alegría. En el camino nos detuvimos unos instantes porque a mi abuela se le ocurrió orinar. Su abrigo rojo se manchó de lodo. Se lo hice notar, pero ella encogió lo hombros y pidió que soplara fuerte, muy fuerte al rehilete. Sus orines apestaban. Cuando llegamos, yo corrí a darle la noticia a mi madre. Grité por toda la casa porque yo no sabía en qué habitación se encontraba. "¡Shhh!", dijo mi abuela. "Tu madre hoy expulsará su dolor. ¿La oyes?". Yo le dije que sí.

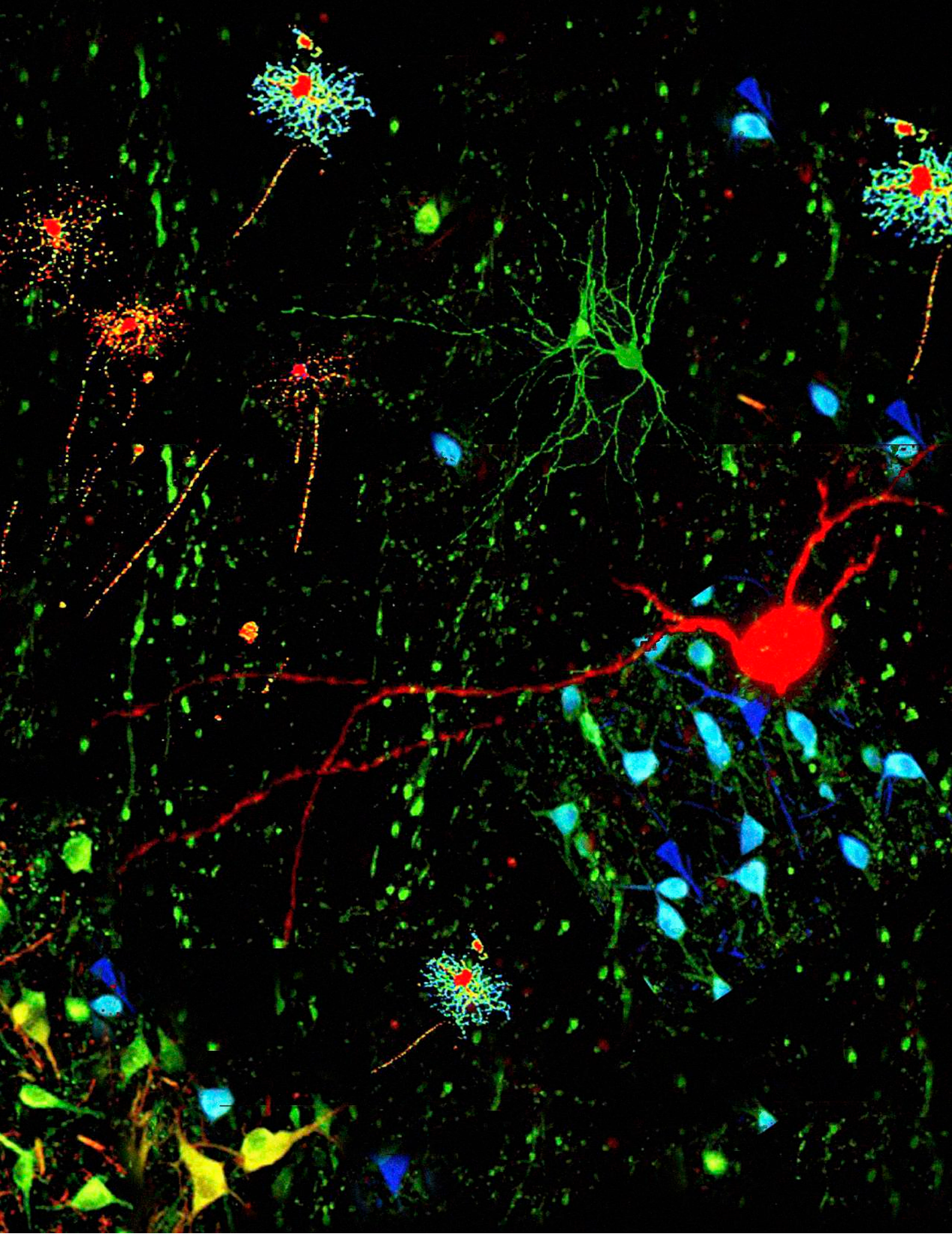
La abuela Josefa insistió en que debía hacer un camino de flores a mi madre. Me dio la bolsa que compramos en el mercado y me sacó de la casa. "En un rato vuelves por nosotras", dijo, y cerró la puerta con llave.

Hace meses que no veo a mamá, desde que mi padre murió bajo la sombra de alguno de estos árboles. Josefa nunca lo quiso. Decía que era un borracho calenturiento con el pito sarnoso. Un día la escuché decirle: "Te lo voy a cortar de un machetazo cuando menos te lo esperes". Y así fue. De la tristeza, a mi madre se le empezó a hinchar la barriga. Creí que explotaría como un aguacate maduro al caer en la tierra. Por si eso ocurría, la abuela la encerró en una habitación y le llevaba pan y agua todas las mañanas. Hoy vaciará todos sus recuerdos y al fin caminaremos al campo de los rehiletes. Serán más de doscientos o trescientos rehiletes de todas las formas y colores clavados en la tierra roja de San José.

No soporté la idea de esperar más y quise entrar por la ventana de mi cuarto. Rompí el vidrio con una piedra. Al pasar por el cristal roto me lastimé la frente: escurrió sangre. El televisor está encendido. Josefa lo ha puesto con el volumen muy alto, pero logro escuchar el quejido largo de mi mamá. Me acerco sigilosamente hacia ellas. Están en el cuarto de mi abuela. Ella mira la telenovela y mi madre está acostada en la cama, con las piernas abiertas. La sangre resbala de su carne enferma. El alma de mi madre está rancia, llora igual que un niño. De pronto los ojos de mi abuela se fijan en mí. "¡Mi querida Gisel! ¿Por qué no le enseñas el rehilete a tu madre? Anda, tráeselo", me dijo. Yo asentí con mi cabeza.

Mi abuela abrazó al "tumor de la tristeza" que tenía mi madre. El día seguía nublado como una boca seca de muerto. Caminó sola un rato y luego volvió por mí. Me dijo que no olvidara nuestro juguete. Bajamos hasta el campo de los rehiletes. Habíamos coleccionado de diversos colores: amarillos estrella, rojos fresa, verdes, naranjas. Los hundimos en la tierra, y cuando el viento llega, los rehiletes se mueven en una misma dirección. Mi abuela lloraba, y reía al mismo tiempo. "Mira, me dijo, el viento soplará y entonces los recuerdos se irán de aquí. Mañana nadie podrá llorar. Soplemos, Gisel, soplemos para llamar al viento". La abuela Josefa tiró al bebé en la tierra. "Creo que aquí es un buen lugar para poner el blanco. Cierra los ojos, mi pequeña Gisel, y entiérraselo con todas tus fuerzas". Respiré profundamente para clavar el rehilete en aquel cuerpo pequeño, ciego y llorón. El viento movió todos los rehiletes clavados en la tierra roja.





RESEÑAS